

BRUMA AZUL

Isla de Mull, Duart, Highlands,
9 de septiembre de 1621

PRÓLOGO

La mujer cayó de rodillas, jadeando ante la dolorosa contracción que apuñaló su vientre, implacable. Inclineda sobre él, apretó los dientes sofocando el alarido que pugnaba por desgarrar su garganta, aguantando estoica el lacerante eco que masacró la zona baja de su espalda, como si la atravesaran con un acero al rojo vivo.

Nadie debía encontrarla hasta traer al hijo que llevaba en su vientre, ni siquiera su esposo, él menos que nadie.

Debía evitar que nadie advirtiera su presencia bajo aquel añoso y legendario nogal, bautizado como el *Crann Na Beatha*, el árbol de la vida celta. Sólo bajo sus ramas, al amparo de las hadas que lo guardaban, tanto espíritus de los *Tuatha Dé Danann*, como las *Aes Sidh*, tendría el destino de su hijo alguna oportunidad.

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, amargas y ardientes.

Muchas veces había derramado aquel llanto desde la llegada al castillo de aquella inquietante *Druidhe*. Todavía le parecía notar en su abdomen la ajada mano de esa mujer, esa vidente, que había buscado cobijo aquella lluviosa noche, y las advertencias que pronunció con aquella estirada voz de ultratumba...

«El ser que alberga vuestro vientre está condenado a ser un hombre maldito. Atraerá sobre él toda clase de infortunios, que lo convertirán en un monstruo. Acógelo a la protección de las hadas que moran en las raíces del árbol sagrado y quizá, solo quizá su destino cambie.»

Y por indicación de esa hechicera, su hijo lo primero que debía ver cuando abriera los ojos, era la copa de aquel frondoso y vigoroso nogal.

Por aquel único motivo había ocultado las regulares y rítmicas contracciones que llevaba sintiendo durante todo la mañana. Por fortuna rompió aguas a solas en su cuarto, poco después de salir del lecho. En caso contrario, su

esposo Eachann, la hubiera recluido en cama y llamado a la comadrona de Duart. Él consideraba supercherías aquellos augurios que noche tras noche la habían desvelado, sembrando en ella una semilla desazonadora que había crecido como una lúgubre sombra que la perseguía sin cesar.

Otra punzada la atravesó de parte a parte, esta vez no pudo estrangular el alarido que quemó su garganta como si hubiera emergido de ella el aliento de un dragón. Su cuerpo se dobló en dos, quebrada por espasmos tan dolorosos que temió perder la consciencia.

Haifa intentó acompañar la respiración, con jadeos cortos y resoplidos continuos, recordando otros partos que había asistido, para acabar bufando como un buey furioso y aullando como una *banshe*.

Apoyó la espalda en el rugoso tronco centenario, y flexionó las rodillas sujetándose las, abriendo cuánto pudo las piernas. Apretó los dientes con fuerza y aguardó a que la contracción se diluyera poco a poco, como las ondas que una piedra provocaba al ser lanzada sobre la superficie del agua.

Aprovechó aquel efímero descanso para palparse la abultada barriga. La tenía muy baja, pero algo no iba bien. No era partera, pero en Sevilla, había asistido en numerosos partos, ayudando a una, su madre. Y en su palpación descubrió que el niño no se había colocado todavía, en cambio, los agudos dolores anunciaban un parto inminente.

En aquel momento, una sospecha palideció su rostro, sumiéndola en un pavor que le robó el aliento. Si el niño venía de nalgas, ambos podían morir allí mismo. El pánico la asaltó al tiempo que otra contracción. Y sin apenas ser consciente del todo, se encontró empujando con todas sus fuerzas. Sea como fuera, ya no había tiempo de regresar al castillo en busca de ayuda.

Jadeante y sudorosa, rebuscó en su bota el pequeño puñal que le había regalado Eachann poco antes de la boda, un hermoso *sgian dubh*, con empuñadora de fino marfil labrado y hoja tallada. Se arrancó parte de la enagua, depositando ambas cosas cerca, pues supo que tendría que usar la daga para algo más que cortar el cordón umbilical.

Una y otra vez, su cuerpo se sacudía en abruptos espasmos dolorosos que comenzaron a desgastarla peligrosamente. Empujaba exhausta y llorosa, descubriendo que el niño estaba atascado en el canal y que no podría salir sin ayuda.

La tarde fue cayendo tras la colina oeste, degradándose en un ocaso de colores intensos que se fundían en el horizonte, desdibujados por la caprichosa mano de un pintor travieso. Que pudiera apreciar la belleza del atardecer, entre contracciones, resultaba reconfortante.

Tomó aliento mientras pensaba que no llegaría a la cena, y que con suerte, la encontrarían antes de que fuera tarde. Pensó en su esposo, y sonrió contrita y apesadumbrada. Quizá no volviera a verlo y si lo hacía su reproche sería tan duro como su rencor.

No vaciló más, tomó el *sgian dubh*, se inclinó cuánto pudo a pesar de lo imposible de ver la zona a cortar. Y tanteándose con la mano izquierda sobre su inflamada abertura, palpó la estrecha zona cerrada que unía su sexo con su ano. Respiró hondo aguardando que pasara la contracción, y con mano temblorosa, hundió el filo del puñal en su carne, rasgándola en un tajo considerable, mientras gritaba entre sollozos y resoplaba dolorida. Soltó la daga y empujó de nuevo, maldiciendo a aquella Druidhe, al destino y a ella misma. Gruñó como una fiera imprimiendo a aquel empuje, hasta la última brizna de fuerza que escondiera su transido cuerpo. Y frustrada y trémula, comprendió que aquello no era suficiente.

Se inclinó de nuevo sobre sí misma, se refregó burdamente las lagrimas que inundaban su rostro con las manos, el ferroso olor de la sangre la golpeó. Se mordió el labio inferior, hipó tomando aliento y se dijo que lucharía hasta el final.

De nuevo, palpó su entrada introduciendo los dedos, buscando con desesperado afán las piernas del pequeño, las nalgas, algo de lo que tirar. El tiempo apremiaba, y las fuerzas flaqueaban, podía sentir incluso el sufrimiento del bebé dentro de ella, y aquello la mortificaba más que nada. ¡Su hijo tenía que nacer!

Sintió otro acceso de dolor acumularse, tensando su vientre con dureza y rugió como una leona, ya no había desesperación ni agonía en su alarido, sino una furia primigenia que la impregnó del vigor que necesitaba. Quizá del último aliento, pero sin duda el más aguerrido.

Y cuando la desesperación comenzaba a mellar su ánimo, tocó un diminuto pie agitándose débilmente y tiró con toda la delicadeza que pudo. Aliviada y esperanzada, sintió aquel pequeño cuerpo deslizándose a través de ella, cuando otra atroz oleada de dolor contrajo su cuerpo apresando al niño entre sus paredes.

Maldijo para sus adentros, debía esperar, su propio cuerpo había apresado su mano contra el cuerpo del bebé. Sentir la virulencia de la contracción la abrumó, pensando angustiada en el dolor que el pequeño estaría sintiendo.

En cuanto el dolor pasó, y su cuerpo se distendió tiró con firmeza, extrayendo al bebe sobre el trozo de enagua que había dispuesto en el lecho del bosque. Acompañado de inmundicia y sangre, el menudo cuerpecito azulado, no daba señales de vida.

Haifa se apresuró a tomarlo en brazos. Se bajó hoscamente el corpiño de su vestido, y cobijó a su hijo entre sus hinchados senos, para darle calor. Alzó su diminuta cabeza y con las punta de su dedo índice le abrió la boca, para limpiarla de restos que pudieran quedar atascados. Luego, besó su frente y le susurró en árabe:

—Vamos pequeño, demuestra que eres un guerrero. ¡Lucha cómo un Maclean, maldita sea!

Lo acunó, sacudiéndolo ligeramente, el peso en su pecho se convirtió en piedra y cada latido en puñales horadando su pecho. Contuvo un sollozo, lo giró y palmeó con suave vigor su espalda. Continuaba inerte y sin respirar.

Alzó la cabeza hacia la tupida y ramificada copa de aquel gran nogal, pidiendo por la vida de su pequeño, en un rezo febril y apremiante. Destellos

plateados se filtraban por entre las nudosas ramas, envolviéndola en una halo extrañamente luminoso. En torno a ella, una noche azulada abrazaba el bosque cobijando su dolor y su amargo llanto.

Y entonces, un débil gorjeo caldeó su sufrido corazón. Sus puñitos se cerraron y sus piernas se encogieron. Lo observó luchar contra la muerte, contempló maravillada como su tesón poco a poco disipaba las garras de la oscuridad que lo habían apresado, zafándose de ellas. Y como su boquita se abría y cerraba sin poder aún emitir sonido alguno, buscando llenar sus pulmones, debatiéndose todavía por ganar la batalla, su primera batalla.

—Ruge como un león, mi vida—sollozó Haifa, besando su carita y acariciando su débil cuerpo.

Y obediente, el pequeño logró arrancar de su intacta garganta un agudo lloro que flotó a través de la inmensa copa de aquel árbol, y que la embargó en un aliviado llanto.

Tal vez fue aquella vibración, o que en efecto, el árbol sagrado le concedía su protección, pero en ese preciso instante, un manto de hojas descendieron danzantes y lánguidas sobre ellos, cubriendo el cuerpo de su pequeño león.

Orgullosa de su pequeño, lo alzó hacia el árbol, en espera de que abriera los ojos. Cada sollozo del bebe era más intenso que el anterior, recuperando todo su vigor. Al cabo, dejó de llorar y patalear, y Haifa supo que había abierto los ojos y contemplaba por primera vez el mundo, y nada menos que bajo la copa de una árbol sagrado.

Descendió los brazos hasta alinear la cabeza de su hijo con la suya. Y lo observó con el amor prendido en su semblante. Era hermoso, aunque su rostro estaba hinchado y su color todavía no era el más saludable. Tenía abundante cabello negro, herencia de ella, y adivinó que sus rasgos serían más sarracenos que célticos.

—Estoy tan orgullosa de ti, mi valiente león—susurró afectada, frotando su nariz con la del pequeño.

Y en ese momento supo cuál sería su nombre, León. Para su pueblo, en gaélico, Lean, pero para ella y su corazón árabe, sería Asad, su amado Asad.

Lo acomodó en su regazo con el corazón henchido de dicha, y le ofreció su oscuro y prominente pezón. El pequeño abrió sin vacilar la boquita atrapándolo en ella y succionando con la fuerza del nombre que llevaba.

Escuchó voces en la lejanía viajando en la brisa nocturna. Sabía que la buscaban. Intentó ponerse en pie sin conseguirlo, y entonces recordó que todavía no había terminado el trabajo de parto. Una nueva contracción expulsó la placenta de su cuerpo que todavía estaba unida al niño.

Haifa empuño de nuevo el *sgian dubh* y cortó el cordón, sin tener que separar al pequeño de su alimento, dejando el tramo suficiente para anudar. Tiró con vigor del resto del cordón, extrayendo de su cuerpo, la totalidad de la placenta que lanzó lejos de ellos, donde no tardaría en ser devorada por alguna alimaña hambrienta.

Aguardó a que el pequeño se durmiera exhausto, lo cubrió prolijamente con la enagua y a duras penas logró ponerse el pie, obviando el dolor que palpitaba entre sus piernas, y la viscosa sangre que rezumaba por ellas. Y así, exigua pero satisfecha, caminó tambaleante hacia el castillo, con su hermoso Asad durmiendo pegado a su pecho, consciente de que la vida se escapaba de su cuerpo a cada paso que daba.